

TODO ES POSIBLE

LA EXTRAORDINARIA HISTORIA DE LA ESTRATEGIA DEL DAR EN EL CORAZÓN DE LA VIDA



**En el corazón mismo de la materia se esconde un secreto extraordinario:
El regalo absoluto del mundo vivo, siempre hacia más abundancia y diversidad.
Hoy tenemos todas las claves en mano para volver a ello.**

Solo nos falta un detalle:

Cambiar totalmente de paradigma.

Comprender las leyes fundamentales de lo vivo, aplicarlas y transformar el mundo para los próximos 3000 años.

Hoy — justo hoy — todo es posible.

La autora, **Anaëlle Théry**. Experimentadora de campo, formadora, autora para niños y de “*Bienvenida Sintropía, un jardín de abundancia desde los principios hasta el terreno*” (Edición Terre Vivante).

Apasionada por la pedagogía, la adaptación resiliente a los cambios climáticos y la búsqueda de un lugar justo y beneficioso para el ser humano en los sistemas vivos.

Para profundizar:

- Leer las referencias y bibliografías utilizadas.
- Encontrar versiones del texto en varios idiomas, imprimirlas o escucharlas en podcast.
- Leer los comentarios de científicos, activistas y practicantes de campo.
- Saber más sobre la sintropía...

Visita joala.fr/en



Este llamado está dedicado a todos los precursores, los filósofos, los investigadores, los pedagogos, los practicantes, los defensores, los narradores y los amantes que han dedicado desde hace décadas su tiempo y su energía al servicio del mundo vivo. A cada uno de ustedes, del pasado, presente y futuro, gracias.

Un agradecimiento especial por el trabajo de Ernst Götsch, Robin Wall Kimmerer, Allan Savory, Philippe Descola, Baptiste Morizot y Geneviève Michon.

Este texto no se desarrolla de forma lineal. Se inspira en las tradiciones narrativas de algunas tribus de la Amazonía. Se compone en círculos que retoman cada vez los temas principales, para tejer nuevos vínculos, abrir horizontes y profundizar el mensaje.

Todo es posible

El mundo vivo es potencia. Una fuerza profunda, inmemorial, que trasciende el tiempo y el espacio. Una potencia ilimitada que se despliega en todas partes. Desde las profundidades abisales hasta las cavernas ciegas, desde los glaciares hasta las montañas tropicales. Por todas partes, la vida se despliega en un incessante ballet de nacimientos, transformaciones y muertes. Cada muerte deja su entorno más fértil, más complejo. El mundo vivo no deja de tender hacia la abundancia.

No importa si las estrellas giran y los milenios se desmoronan para pasar de la roca solitaria al suelo de un bosque profundo... No importa: el tiempo no tiene conciencia de sí mismo.

Un charco de agua dejado al sol sobre un pedazo de asfalto estará lleno de vida en unas pocas horas. Microscópicas piezas de un sistema gigantesco. Lo diminuto a nuestros ojos se adapta a todo, incluso a nuestras peores locuras. Hongos y bacterias nuevas se descubren cerca de turbinas en accidentes nucleares o en los océanos de plástico.

El mundo vivo es un laboratorio sin límites de pruebas y errores, para que cada organismo se adapte en constante interacción con su entorno. Vegetal o animal, el mundo vivo tiende siempre hacia más complejidad y diversidad. Esa es la ley: cada vez más diversidad, más complejidad, y en constante adaptación. Hacia una abundancia cada vez mayor.

Nada detendrá el proceso del mundo vivo.

Nueva Zelanda. Entre Picton y Kaikoura los kilómetros pasan y las colinas se suceden. Aquí la industria maderera es poderosa. Todos los bosques nativos han sido quemados o arrancados, reemplazados por gigantescas plantaciones de pinos, de mejor rendimiento, y principalmente para la exportación. El pino —que no es originario de la región— ha hecho algo al suelo. La uniformidad ha agotado el sistema de abundancia desarrollado hoja por hoja durante milenios. Después de la cosecha de los troncos, las colinas quedan desnudas, cubiertas de una hierba pobre y amarilla en este final de primavera. En cientos, en miles de hectáreas, las colinas están devastadas. El resto de la tierra cultivable es arrastrado por las pendientes, las fuentes de agua a menudo están secas. Monocultivo,

empobrecimiento del reservorio genético, control y gestión. Todo lo que simplificamos nos vuelve más débiles.

¿La industria maderera es poderosa? – No durará mucho.

¿Qué es el tiempo, después de todo? Una idea que usamos para descontar la Historia, y así, tomarnos en serio. Un calendario que cambia según el humor y el ocupante del trono. Un dictador social que corta los días y los años en rebanadas bien definidas. Otra ilusión: el tiempo fluye de manera diferente para un satélite que en las llanuras terrestres, y los ingenieros deben corregir constantemente esa diferencia para que nuestros ordenadores estén a la hora.

Pero ¿qué significan la urgencia o el fin de semana para una larva de hormiga en plena metamorfosis, heredera de 150 millones de años de interacciones y adaptación, cuyas hermanas cubren todo el planeta? ¿Qué significa el apego al paso del tiempo para una semilla que florecerá durante dos días, después de 50 años de silencio, esperando la próxima vibración de la lluvia? ¿Y para el árbol que ya germinaba antes de la llegada de los primeros humanos a las tierras que lo rodean?

Nacimiento, transformación y muerte y, sobre todo, cada vez más posibilidades. ¿Posibilidades, pero de qué tipo?

El corazón de la materia

Gracias al motor, a la energía primaria del sol transformada en materia. Magia pura. No hace falta recurrir a mundos paralelos ni a inteligencia artificial para maravillarse: lo verdaderamente extraordinario está ahí, en la fotosíntesis.

Imagina un suelo de roca y temperaturas extremas. Algunos líquenes se aferran a las grietas y fisuras. Ciclan, mueren, y los pequeños nidos en la roca reciben un regalo invaluable: la creación de materia a partir de casi nada tangible.

Energía solar, componentes del aire, un poco de agua y tiempo: entre el 97 y el 98 % de la masa vegetal que se descompone proviene del proceso de fotosíntesis.

Es el único valor añadido del mundo: la creación de materia carbonada, es decir, de azúcares, por células especializadas. Prácticamente creación pura: magia allí donde se mire.

El cuerpo de la planta que se descompone aporta las condiciones para que otras vidas más exigentes se establezcan. Vidas diminutas y raíces, hojas algo más grandes que, ciclo tras ciclo, enriquecen el humus.

Siglos después, la copa se desborda: el nido de roca rebosa hacia una grieta vecina que también se llena. Pasa un ciclón. Todo es arrasado. Todo debe rehacerse. No importa: el tiempo no tiene conciencia de sí mismo, y el mundo vivo nunca se detendrá.

Dos cosas que observar. Primero: el motor de la vida y del mundo visible se basa en el agua y en la energía de los azúcares producidos por las plantas. Por consecuencia, la

fotosíntesis es la causa de la creación de los suelos -la tierra sobre la que caminamos-, de la atmósfera respirable -cada una de nuestras inhalaciones-, y de la totalidad de las cadenas alimentarias -todo lo que nos nutre-.

Todas nuestras civilizaciones dependen de ella —la mayoría ha desaparecido por causa de la deforestación—. Y nuestras economías también están basadas en la fotosíntesis —desde la informática hasta el petróleo, comenzando por la agricultura—.

Segundo: un suelo desnudo o cubierto de cemento representa tiempo en el que el mundo vivo se debilita, tiempo sin valor agregado, simplificado, descomplejizado, mortífero.

Y como recordatorio: pensemos lo que pensemos, formamos parte del mundo vivo.

Interdependencia

Una plántula, un simple brote que despliega sus hojas, es heredera de millones de años de interacciones y transformaciones constantes. Es la suma y la continuación de la impermanencia del mundo vivo. Siempre en movimiento. Siempre cambiante. El suelo donde se desarrollan sus raíces es la suma acumulada de cada líquen, cada brote, cada planta, cada bacteria y cada ciclo de vida animal que la precedieron.

Caminamos constantemente sobre el mayor regalo que la vida se hace a sí misma: la muerte dada y transformada de todas las partes, de todos los ciclos de vida que la componen.

Los sistemas vivos tienen como reglas fundamentales la impermanencia y el movimiento constante hacia una mayor diversidad, complejidad y abundancia. Y la esencia máxima de la abundancia se encuentra donde menos se espera. Muy lejos de los clichés de la ley del más fuerte.

El mundo vivo ha elegido la estrategia de la generosidad. Un don casi absoluto. Porque cada vida, cada organismo —sea vegetal o animal— siempre deja su entorno más fértil al marcharse.

Lo increíble es que una especie siempre prepara las condiciones para las que vendrán después. Al cabo de una estación o de un siglo, sus propios descendientes, debido a la riqueza que deja, ya no estarán adaptados a ese entorno. Irán a desplegar sus herramientas y funciones en otro lugar, perfectamente adaptadas a una situación o a un suelo en particular.

Porque el suelo siempre expresa lo que necesita para avanzar hacia la abundancia. Cada característica de las raíces, cada función, cada herramienta de las plantas que crecen en un entorno tiene su papel que cumplir. No existen las malas hierbas. Solo existe esta tendencia exaltada hacia una riqueza y diversidad cada vez mayores.

Como casi todos los árboles, los robles nacieron en los trópicos y se establecieron por todo el mundo.

Imagina lo que representa una bellota: energía, adaptación, genes y azúcar acumulados día tras día a través de las estaciones. Un concentrado de todos los

posibles.

Y cada otoño, miles de ellas son lanzadas al azar, hacia lo desconocido.

En toda la vida de un árbol, entre 1 y 5 millones de bellotas serán arrojadas sin medida, para que de ellas solo entre 1 y 5 robles lleguen a la edad adulta como descendientes directos.

¡Qué locura!

Y no es un desperdicio. Es la estrategia del mundo vivo, que la biología puede traducir así:

La vida, primero.

La especie, luego.

El individuo, después.

La mayoría de las semillas terminarán mordisqueadas, devoradas, compostadas, o sus hojas comidas apenas salidas de su envoltura. Pero no importa. Porque la vida será más fértil. Miles de animales, insectos y hongos vivirán de ese manto de bellotas, decenas de especies vegetales aportarán su propio potencial al humus. Esa red de interacciones, de robustez, de azar y de resiliencia dinámica ofrecerá a unas pocas bellotas las condiciones necesarias para prosperar. Y dos siglos después, un descendiente habrá desplegado su ramaje. La madera, las hojas y las raíces del árbol madre —compuestas de aire, de sol y de tiempo— habrán vuelto casi por completo a la tierra. Y la tierra será aún más fértil.

Siempre más fértil.

A menos que inventemos la agricultura.

Constructores del polvo por venir

Hemos construido civilizaciones gigantescas y magníficas pensadas para la eternidad: los imperios de China, de África, del Medio Oriente, los pueblos incas, griegos o romanos, o los imperios coloniales. Todos han estado basados en una sola maldición: "Cultivarás la tierra, y la tierra no hará más que empobrecerse."

Comenzado hace unos 12.000 años, el control de la producción no ha dejado de contrariar las leyes fundamentales del mundo vivo, y nos hemos agotado en la tarea, simplificando, descomplejizando, a fuerza de deshierbe, labranza, quema y monocultivo. En 120 siglos hemos perdido el **92 % de la fertilidad de los suelos** y creado los mayores desiertos del mundo. Dos tercios de las tierras emergidas están en proceso de desertificación, y el resto colapsa.

Los océanos agonizan, asfixiados bajo nuestros desechos, y se pierden un poco más con cada barco de arrastre o ballenero que pasa. Entre represas, contaminación y desvíos, los ciclos del agua dulce se agotan buscando sentido.

Esto, ya lo sabemos. Pero podemos hacer algo más que ser destructores en jefe. Podemos ser co-actores de la abundancia. Hoy. Cambiar el mundo, transformar nuestro pensamiento, proteger el océano de nosotros mismos y plantar un jardín. Y terminar contagiando a los vecinos.

Hoy —solo hoy— todo es posible.

Tomemos al azar uno de esos imperios creados para durar para siempre y reducidos a polvo y ruinas: el Imperio romano.

Como todos los demás, empezó siendo pequeño y se alimentó de las tierras vecinas.

Campos cada vez más pobres año tras año, luego dejados en barbecho, una pausa en la que el mundo vivo retomaba sus derechos, volvía hacia la abundancia... hasta que los agricultores y colonos volvían.

Luego llegaron más población, más necesidades, menos espacio y menos descanso para la tierra.

Se usaba estiércol animal y humano, se justificaba la esclavitud y la miseria con decretos divinos y políticos.

Después, cuando las tierras ya no bastaban para los estómagos y el poder, también se justificaban las colonias y la anexión del vecino con arrogancia y una pretendida superioridad. En resumen: se construye un imperio. En el apogeo del Imperio romano, los campesinos italianos apenas podían alimentarse a sí mismos, y eran los cereales del Nilo y del Medio Oriente los que aseguraban el pan cotidiano.

Controlar, simplificar, empobrecer y luego colonizar. Siempre el mismo estribillo. Ningún imperio, ninguna sociedad puede desarrollar otra cosa que no sea miedo a la escasez, avidez, violencia y destrucción, si no respeta las leyes fundamentales del mundo vivo.

Vayamos más lejos aún. Una sociedad beneficiosa para quienes la componen solo puede basarse en el fundamento inquebrantable de las leyes de la vida.

Y partiendo de ahí, **todo es posible**.

Materia prima

¿La fotosíntesis, entonces, sería el único valor añadido del mundo, el primer motor de la abundancia?

Pongamos por ejemplo un tronco. El 97 a 98 % de esa materia seca se desarrolló a partir de un poco de agua, energía solar y componentes del aire. Materia a partir de casi nada tangible. Un 98 % de magia pura. Juega con las cifras y haz cálculos ingeniosos. Intenta imaginar el peso de la totalidad de los organismos vivos en la Tierra, océanos incluidos: el 82 % de esa masa está compuesta únicamente de vegetación.

Más de ocho décimos del peso total del mundo vivo está compuesto de plantas... Los seres humanos, por su parte, representan apenas el 0,01 % del peso total.

La sistémica del don y de la generosidad comienza desde el principio, mucho antes de que nuestros ojos perciban la abundancia. Con un liquen sobre un lecho de roca, en la más mínima grieta de un muro viejo. Las condiciones son difíciles. Y cuanto más duras son las condiciones, más completo es el don. El liquen es la alianza entre un hongo y un alga, dos organismos distintos que se han abierto por completo el uno al otro para crear algo más grande, más complejo y resiliente. Apenas hemos identificado unas 18.800

especies de líquenes, de las cerca de 250.000 que se estima que existen. Tantas locuras creativas y fronteras abolidas.

Disturbio

Cric-crac todo el día, desde la copa de los árboles hasta el suelo de los claros del bosque.

Pájaros, monos, insectos, herbívoros de todos los tamaños: todos se alimentan y viven mordiendo, rompiendo, cortando hierbas, ramas y hojas.

Un disturbio constante y específico del entorno, según sus necesidades. Ahora bien, podar, cortar o digerir la vegetación —además del disturbio provocado por las inclemencias del clima— es la estrategia del mundo vivo para desplegar siempre más abundancia. La materia orgánica cae al suelo para formar humus. Las plantas que quedan tienen más acceso a la luz.

Una información simple y directa circula dentro de la planta podada, y pasa por las raíces hacia sus vecinas: “¡Atención, hay que crecer!” Y la fotosíntesis se reactiva con más fuerza, haciéndose más resistente a insectos y enfermedades.

El disturbio genera siempre más verde, más valor añadido.

Cuanto más grande es el animal, mayor es la perturbación que produce, mayor es el efecto multiplicador sobre la fotosíntesis, mayor es la riqueza. Un rebaño de miles de bisontes o gacelas, o una docena de diplodocus, no se conforman con unas pocas hojas para la cena.

Sus interacciones y la perturbación del medio durante su vida, así como la descomposición de sus cuerpos tras su muerte, traen siempre más abundancia.

No se dirá lo suficiente: todo organismo vegetal o animal deja su entorno más fértil al partir.

Recordatorio:

Nosotros formamos parte de los animales grandes. Necesitamos sistemas abundantes y complejos para alimentarnos. Para vivir. Con o sin supermercados.

La perturbación animal es fundamental. Sí, pero... La agricultura no es nuestro mayor defecto.

Mucho antes de inventar el arado, apenas armados con silex tallado y dotados de fogatas, ya modificábamos el ciclo de las lluvias mediante la quema de bosques y habíamos exterminado en gran parte a los grandes mamíferos con los que convivíamos.

La megafauna —con sus perezosos de 6 metros de altura, sus canguros tres veces más grandes que los actuales, sus tigres dientes de sable, sus herbívoros de varias toneladas— fue tan impactada por nuestros ancestros que olvidó cómo sobrevivir. Y en esa época, en todo el planeta, éramos apenas la mitad de la población actual de Londres.

Además, se estima que la actividad humana ha destruido el 85 % de la biomasa animal. Sin contar todas las perturbaciones asociadas... Y ¡zas!, otro motor de abundancia perdido.

Dentro de la biomasa animal que queda en la Tierra, la gran mayoría de los mamíferos viven en pastizales sobrepastoreados controlados por humanos, o en corrales de engorde, completamente desconectados de los vínculos de reciprocidad positivos.

Cada vez que observamos a uno de estos animales "fuera del suelo", impedido e incapaz, por sus interacciones, de crear más riqueza en su medio, podemos constatar sistemáticamente un gran, un inmenso sufrimiento. Y eso sin mencionar la contaminación asociada.

La pirámide es un círculo.

La cascada trófica es otra palanca para la abundancia. Imagina especies clave en la arquitectura del mundo vivo. Lobos, ballenas, leones, castores, nutrias, por nombrar solo los más conocidos. Especies que, por su presencia, regulan a las demás y permiten la instalación de nichos ecológicos y una gran biodiversidad. Es inusual pensarla así, pero el león depende de la vitalidad de la pradera en la que pastan las gacelas. Todo «depredador» depende de la fotosíntesis, pero por el equilibrio dinámico que su presencia impone, también es su garante. No hay pirámide, solo círculos de reciprocidad tejidos con interacciones complejas.

¿Matar a los grandes depredadores (como los lobos) o a los reguladores (por su piel, por ejemplo)? Es todo un sistema que se derrumba. Para comprender esta lógica, hay que salir del hábito de asociar pirámides de valores a todo lo que miramos. Es demasiado fácil pasar del «depredador» bien instalado en lo más alto de la cadena alimentaria a un género humano autoproclamado a la cima de la evolución. Una escala de valores justifica una escala de poder y violencia asociada. Una violencia estructural que encontramos en todas partes: en el vocabulario o el acto de propiedad, la historia y la formación de las sociedades, la esclavitud y la extracción de «recursos», los géneros, la educación o el color de la piel. No podemos salir de estas estructuras sin transformar lo fundamental, es decir, beber, comer, dormir a salvo e interactuar dejando los ambientes cada vez más fértiles y diversos.

La buena noticia es que podemos encontrar el equilibrio al borde del precipicio. La mala noticia es que vamos a tener que evolucionar un poco.

Empezando por el jardín.

Una jungla de Abundancia

Un verano con una ola de calor en un rincón de Francia. Este huerto comenzó hace dos inviernos sobre una tierra de escombros, arcilla y grama. Al trabajar el jardín en sintropía —es decir, con más complejidad, fotosíntesis, perturbación y teniendo en cuenta las necesidades de las plantas para la sombra y el sol— la magia sucedió. En pocos meses, el terreno se convirtió en una jungla de varios

metros de altura, con muy poco riego, y como resultado, una cosecha increíble. El suelo está transformado, rebosante de vida. Cada gesto aporta más. Se está bien ahí dentro. La belleza siempre forma parte de un lugar de abundancia.

Tres años después, y siempre en sintropía. Las plantaciones de frutales y pequeños frutos del bosque son autónomas en biomasa desde la primera primavera. Un solo riego en el verano de los dos primeros años. Todo está verde, zumbante, exuberante. Los árboles crecieron el doble de rápido que en un sistema simplificado. Un agricultor feliz (muy feliz) puede contar con un 8% de materia orgánica en el suelo. Es una materia negra que almacena nutrientes, agua y carbono. El promedio de tierras en Francia está por debajo del 2%. Para pasar de 2 a 8%, haría falta traer 44 semirremolques de compost por hectárea. Lo que implica máquinas pesadas, petróleo y el empobrecimiento de otro ecosistema. Los «residuos» verdes son un tesoro, pero suponiendo que se busque enriquecer todas las tierras del país, ni siquiera habría suficientes ciudades para producir la cantidad necesaria.

Especialmente si cada temporada de cultivo empobrece de nuevo la tierra...

En tres años de sintropía en el futuro vergel después de la plantación, ni una carretilla de estiércol o paja ha entrado. Una fotosíntesis densa, plantas en cada estrato, perturbación. Y 9 puntos porcentuales adicionales de materia orgánica en tres años. Somos animales del sistema de abundancia: el objetivo asumido es subir la tasa de oro negro hasta el 25%.

No hay pirámide de violencia aquí, sino ciclos de interdependencia y bucles de retroalimentación positivos con las perturbaciones inherentes a los ciclos de la vida.

Todo está conectado...

Tomemos un organismo, un sistema, una región climática. Todos están compuestos de partes, de otros organismos y de sistemas. Observa un cuerpo, una célula, un árbol y un bosque. Detalla la totalidad de los afluentes de un río o el conjunto del ecosistema marino de una medusa o de un tiburón. Todos son sistemas-organismos en interacción y modificación constantes. Cada uno está compuesto de un número incontable de otros organismos que a su vez forman organismos más grandes.

Entre las combinaciones de ADN en el vientre de la gallina y la puesta de un huevo, entre la evolución del embrión, el polluelo y el viejo gallo, años después comido por un zorro, la alimentación, la forma, el tamaño, los aprendizajes y las interacciones evolucionan constantemente. Lo mismo ocurre con tu propio cuerpo, con un roble, con una especie que atraviesa varios millones de años, con la composición y las corrientes de un océano entero.

¿Qué es un organismo o un sistema? Un rompecabezas fractal multidimensional compuesto y componente que evoluciona en el tiempo y el espacio. Simplemente.

Hay que estar loco o ser economista para pensar en una especie o individuo como separado de los miles de millones de interacciones que lo tejen y de todas aquellas de las que proviene. Para creerlo independiente, permanente, casi inmortal.

Compuesto, componente y relacionado a la totalidad de los sistemas vivos desde hace miles de millones de años, cada especie y organismo utiliza sus herramientas (sus características morfológicas) para realizar sus funciones (sus roles e impactos en las interacciones en la red de la vida). Con el objetivo siempre renovado de tender hacia la abundancia. Para estar saludable y asegurar su propio dinamismo, un individuo, un sistema o una célula deja sin cesar su entorno más fértil – y se pone así al servicio del mundo vivo.

Un organismo es siempre interdependiente de la salud de quienes lo componen y de los organismos más grandes de los que forma parte.

Para nosotros, como sistema y organismo humano, se abre una relación profunda e íntima con el resto del mundo vivo. Una resonancia que se vuelve a aprender.

...evidentemente.

La ley del más fuerte es una invención humana que nos permite justificar la barbarie. Pero no resulta ni 'natural' ni lógico desde el punto de vista de la biología o del enfoque sistémico. La interdependencia de cada organismo en el inmenso entramado de los sistemas vivos no permite a ninguno suplantar a los otros, ni negarse a jugar el juego del movimiento hacia la abundancia y la diversidad. Cada uno tiene sus roles, sus funciones, su justicia.

Los grandes depredadores deben su supervivencia y la de sus descendientes al respeto de un equilibrio sutil y dinámico que la coevolución con su entorno les ha permitido establecer inconscientemente. Los grandes depredadores, al igual que los monstruos marinos del Cretácico Superior o las hordas de renos salvajes, son interdependientes con la fotosíntesis. Salir de las leyes profundas del mundo vivo es entrar en un ciclo de destrucción y empobrecimiento. Pensarse superior es debilitarse a uno mismo.

El dar es la llave oculta mostrada a los ojos de todos, la llave en el corazón de todos los sistemas vivos.

Debemos y podemos dejar los jardines, los bosques y las estepas cada vez más fértiles, más vivos, más complejos al final de cada estación y después de cada cosecha. Tenemos los conocimientos y las herramientas para invitar a tanta abundancia que podemos entrar en esta lógica del dar respondiendo ampliamente a nuestras propias necesidades. A muy corto plazo, de todos modos, no tenemos elección.

El suelo es casi inexistente. Algunos mechones de hierbas secas y polvo que el sol quema y de donde la lluvia se evapora tan rápido como cae. Pero todo eso va a cambiar. El ganado se desplaza en rebaños cada día de un punto a otro, como cuando los depredadores los empujaban a agruparse para defenderse.

Comen y por tanto perturban la pradera, dejando detrás un mantillo mezclado con orina y excrementos que fertilizan la tierra. Unos años después, a fuerza de perturbaciones animales dirigidas, la sabana es verde con hierbas altas, los árboles y arbustos han crecido, el agua corre todo el año en los arroyos que antes estaban secos. El trabajo de una vida de un hombre — la gestión holística — ha permitido en los cinco continentes y en zonas semi-desérticas devolver la abundancia a más de 37 millones de hectáreas. Una vez más, todo es posible. A condición de aceptar un profundo cambio de nuestra visión.

Los rebaños salvajes — y la gestión holística — dejan el entorno cada vez más fértil, más vivo y resiliente. Para “luchar contra el cambio climático”, algunos países anuncian que van a imponer un impuesto sobre el gas metano del ganado bovino. Mientras que, dejados en un sistema de interacción positiva de perturbación, los bovinos en cuestión permiten almacenar una gran cantidad de carbono en los suelos. Los parques de engorde en Estados Unidos están al lado de casi desiertos. La solución está tontamente al lado del problema. Irlanda incluso tiene el objetivo de matar a decenas de miles de vacas. Los animales no son el problema, es nuestra manera de criarlos la que está equivocada.

En los océanos, la misma lógica se aplica. Los seres vivos más grandes permiten regular el clima a escalas gigantescas que la geoingeniería ni siquiera puede imaginar. Por lo tanto, está más que contraindicado matar ballenas y 80 millones de tiburones por año... si deseamos frenar el desajuste climático.

¿Realmente es útil destruir la potencia de los grandes equilibrios por estupidez y avaricia? Nuestras necesidades no son tan grandes.

En el movimiento del mundo

Pero no se trata solo de producir para los humanos. ¿Producir? Quien “produce” puede pretender poseer su producción. Pero es la semilla la que despliega el árbol o la planta, es la oveja la que lleva al cordero.

Nuestro vocabulario nos permite sustituirnos a la inteligencia profunda del mundo vivo. Creernos gestores sabios y propietarios dueños. Si podemos influir en las condiciones para recoger cierta producción, de ningún modo somos dioses creadores. En lo que creemos producir, la red salvaje del mundo vivo lleva por todas partes su marca: desde las bacterias omnipresentes hasta los microorganismos que permiten al suelo nutrirse y existir. Desde la huella de los últimos millones de años de interacciones que crearon el porte y la rugosidad de la corteza de un árbol hasta el sutil baile de la polinización del viento y los insectos. Nada sale del sombrero por magia. Estamos en permanente deuda con los sistemas biológicos. Nuestra vida misma depende de ello.

Nunca seremos creadores y, por tanto, “productores”. Pero podemos hacer todo lo posible

para que el tejido dinámico y sus miríadas de interacciones se desplieguen hacia un objetivo dado. Siendo incapaces, eso sí, de comprenderlo todo y, sobre todo, de controlarlo todo. Y eso está bien, un poco de humildad nunca ha hecho daño a nadie. Se trata de pasar del vínculo asistido/destructor al vínculo de reciprocidad.

Por tanto, no podemos inclinarnos sobre la tierra solo para las necesidades humanas. Podemos frenar nuestra avaricia mortífera y acoger más cosecha, en menos espacio, dejando el entorno más fértil y diverso cada temporada. Cuidando tanto de los vínculos humanos como de la resiliencia alimentaria local.

¿Cómo podemos pretender producir, gestionar, controlar o proteger sistemas y dinámicas de una complejidad inconcebible? Ellos nos han constituido y creado como seres biológicos.

Pretender ser los gestores inteligentes de este planeta sería a la vez orgulloso, fuera de lugar —y completamente falso. Debemos abrir de nuevo espacio para lo salvaje, espacio para nuestra humildad. Sobre todo, debemos aceptarlo. Aceptar su presencia en nosotros, a nuestro alrededor, y dejarle mucho más espacio en nuestra forma de pensar.

Milenios de ensayos y errores han desarrollado herramientas de una increíble sofisticación para cada organismo. Esta multitud de tecnologías —picos o raíces, equilibrio químico, planeo y ramaje, células especializadas, vista, oído, tacto, olfato, rigor matemático en la disposición de los brotes de un árbol—, estas locuras extraordinarias están en constante adaptabilidad. Cada una tiene funciones en el inconcebible entramado de los seres vivos. Cada una tiene su rol que desempeñar.

La diversidad de la vida salvaje asegura nuestra propia seguridad alimentaria, nuestra propia salud. Nutre permanentemente nuestra capacidad de resiliencia como organismo biológico y garantiza la perdurabilidad de nuestra especie. Dejémoslo circular y desplegarse sin creernos superiores. Démosle espacio para inventar la cicatrización del mundo que hemos destruido.

El mundo vivo es poderoso y tiende hacia la abundancia. Nosotros somos parte del mundo vivo.

Podemos volver a escuchar. Volver a ser aprendices.

Un equilibrio dinámico

Y, por la misma lógica, ningún organismo tiene interés en sabotearse a sí mismo. Ninguno conocerá plagas si está en buena salud.

En los sistemas vivos, estar sano significa que el organismo en cuestión utiliza sus herramientas para cumplir sus funciones en un movimiento continuo hacia la abundancia.

La energía generada por la fotosíntesis es valiosa. Si una planta o un sistema deja de ser útil para el movimiento hacia la abundancia, su energía se recicla y se reajusta. Ni falsas apariencias ni excusas, no hay escapatoria. Si una planta está en su lugar en el momento y sitio adecuados, en un contexto donde sus interacciones benefician al conjunto, no será afectada.

Como todos dependen unos de otros, no puede haber “plagas”. Las especies destructoras o las enfermedades son indicios de que los sistemas están dañados o en proceso de reequilibrio. Estos “depredadores” no son por tanto el problema, sino profesores e indicadores. Si algunos sistemas recuperan el equilibrio con más facilidad, a veces hacen falta milenarios después de un choque entre dos ecosistemas o tras una extinción masiva.

Como todos dependen del conjunto, las nociones de “naturaleza” y “recursos” no tienen sentido. Esas palabras podemos rechazarlas fuera de nuestros cuerpos y de nuestro día a día. El mundo vivo, en cambio, se impone permanentemente, no es negociable.

También implica que no existen “recursos” para “explotar”. Porque si somos parte intrínseca de los sistemas vivos, ¿cómo podemos arrancar una parte de nosotros mismos o la vitalidad de lo que nos está asociado?

Vivos

Como ser sensible, cada una de mis células y cada parte de mi cuerpo es la suma única de la totalidad de las interacciones del mundo vivo desde el principio del mundo. Los átomos que me componen son tan viejos como el universo mismo. Como todos los demás seres, soy hijo de la alianza de dos potencias de vida: el agua y la fotosíntesis. Ellas me nutren día tras día, ofrecen aire a mis pulmones, sombra en verano, calor en invierno, agua todos los días del año.

Lo que me define en el tejido de lenguas y culturas, la identidad que la Historia me ha moldeado: todo procede de la fuerza primaria de la fotosíntesis, todo está conectado a ella. ¿Cómo no ser conscientes de cada paso que damos sobre esta tierra, en complicidad con ella y los miles de millones de seres vivos que la componen?

Como dice un proverbio indio: es la manera de caminar sobre la tierra lo que hace que la tierra sea sagrada.

Si el dar es el primer movimiento de este mundo, la gratitud es el segundo. Una gratitud profunda, un “gracias por todo” que permanece como la primera intención del día.

Gracias.

La gratitud es la hermana del amor. Podemos sembrar, podar, tomar conciencia, y a nuestro turno dejar el mundo más fértil y vivo que el día en que por primera vez el suelo nos sostuvo.

Gracias.

El jardín es un espacio de siembra y cosecha, de planificación y de juego. El jardín es un espacio de posibilidades e incógnitas, de gratitud. Un templo alegre, impermanente, interdependiente y compuesto —entre otros— por el jardinero.

El jardín, pero también el mundo vivo y salvaje que nos constituye, y del cual somos una pequeña pieza.

La avaricia y la destrucción no deben darnos miedo. Ciertamente deben frenarse, pero están destinadas a la autodestrucción y al sinsentido. Cuando se convierten en norma de una civilización, ésta se extingue. La Historia se repite una vez más. No tienen lugar en un mundo moldeado por el dar. Nadie puede agradecer a su madre por la vida que da teniendo avaricia en el corazón y armas en la mano.

Todo lo que simplifica nos hace más débiles

Creemos en la gestión y el control. Estas creencias nos llevan sistemáticamente a la simplificación y al callejón sin salida de los productos químicos, la contaminación, el despilfarro organizado y el empobrecimiento. Nos arrastran a la alteración de todos los ciclos del agua. Nos hacen crear e incluso defender trabajos alienantes, sufrimiento infinito en todas las cadenas de producción, violencia institucional. Nos encadenan a una alimentación insípida y tan pobre en nutrientes y antioxidantes que nuestras sociedades sobrealimentadas sufren de mala alimentación.

Nuestra alimentación debería ser nuestra primera medicina, no una de las principales causas de enfermedad y mortalidad. Puede que la forma en que la cultivamos sea nuestro remedio principal.

La lista de preguntas se impone: ¿por qué envenenarnos? ¿Cómo podemos hablar de soberanía nacional sin soberanía alimentaria? ¿Cómo llamarnos democracia sin poder alimentar a nuestra propia población? ¿Quién, en ese caso, tiene realmente el poder, el Estado o la industria agroalimentaria, farmacéutica y financiera? ¿Podemos sentirnos seguros dejando nuestra propia supervivencia alimentaria en manos del agronegocio?

Y, sobre todo, ¿qué podemos hacer?

El poder de ser justos

¿Por qué no simplemente reappropriarnos de los saberes y habilidades relacionados con nuestra alimentación? Arremangarnos. Aprender, aprender más. Y volver al jardín.

No se trata de una vaga utopía, la historia ha demostrado que las personas particulares podían producir hasta la mitad de la alimentación de toda una nación. Durante la Segunda Guerra Mundial, en Inglaterra y Estados Unidos, decenas de miles de huertos privados sostuvieron el esfuerzo bélico y alimentaron a las familias.

Se trata de salir de la posición de desesperación-en-el-fondo-del-sofá y retomar el poder sobre nuestras vidas. Volver a ser actores, pero olvidando por una vez el querer dominar.

Recuperar, como seres humanos, un lugar justo y beneficioso que tienda hacia la abundancia y lo vivo.

Porque un jardín es un acto político en el sentido más noble: se trata de cuidar a la comunidad de los seres vivos, vegetal, animal y humano unidos. Y de retomar el poder sobre aspectos fundamentales: alimentarse, curarse, cuidar. Si comprendemos las lógicas del mundo vivo y de la abundancia, si las aplicamos, surge un aspecto aún más profundo: recibir mucho es aprender a dar. Es tener menos miedo a lo desconocido y al cambio. La hospitalidad y la generosidad forman parte del jardín. Lo vivo no excluye, incorpora, se diversifica, acepta.

La abundancia nos enseña a dar, pero también a recibir.

En las próximas décadas, el fuego y el agua, en exceso o en escasez, remodelarán los flujos de la población mundial. ¿Llegaremos a acoger refugiados climáticos o a convertirnos en ellos? Lo desconocido conduce a lo posible, pero mejor partir hacia ese futuro incierto con los bolsillos llenos de semillas y saberes, de jardines resilientes y abundantes en cada esquina.

Hoy, justo hoy, todo es posible.

El síndrome de Frankenstein

Tenemos en nuestras manos las reglas del juego. Son fáciles de decir. Un regalo casi absoluto, un movimiento continuo hacia la abundancia y una interconectividad tan profunda que es imposible saber dónde comienza y termina cada sistema y cada organismo. Y, como una evidencia, dejar el medio más fértil después de cada ciclo. En el jardín, pero también en las empresas, en nuestras relaciones, como en cada uno de nuestros actos. Todo un sistema que revisar, tantas posibilidades por imaginar.

Podemos hacer como si no entendiéramos, rechazar esta evidencia y seguir mutilando los sistemas vivos, y con ello las posibilidades de la supervivencia humana. No aceptar jugar según las reglas del juego, cuando las conocemos, se convierte en una patología grave, autodestructiva. Un monstruoso síndrome de Frankenstein que podríamos definir así:

Cualquier tipo de actividad industrial, extractiva, de cultivo o cría artificial que no tenga en cuenta las leyes fundamentales de lo vivo. Cualquier actividad que no tenga como base la sistemicidad del dar. Como esas plantas que dependen de sistemas de abundancia, forzadas a crecer en tierras empobrecidas. Los monocultivos de árboles implantados tras la tala rasa de bosques diversos. Las crías de animales que impiden el ciclo de retroalimentación positiva de la perturbación y el establecimiento de su equilibrio social. El empobrecimiento o la manipulación genética. Pero también toda producción que empobrece los suelos,

las interacciones entre los seres vivos. Todas las que contaminan o generan residuos.

El océano al principio y en el centro del mundo

Vivimos en un planeta compuesto en su mayor parte por mares, con solo un 30 % de tierras emergidas. Nuestros ancestros más remotos salieron de las aguas saladas hace millones de años y el sutil equilibrio de nuestros cuerpos aún lleva esa marca. Las tierras viven y se desarrollan gracias a la bendición discreta y silenciosa de esas inmensidades de agua, vivas y habitadas.

No hay jardín, no hay posibilidad sin el respeto profundo de los equilibrios de los abismos y los valles submarinos. No hay vida compleja y diversa en la tierra sin las interacciones del número infinito de especies vivas bajo el bosque de las olas. Incluso viviendo lejos de las costas, estamos conectados con ellas. Los ciclos de los arroyos y las aguas subterráneas, la lenta respiración de los árboles que llama a la lluvia y el flujo de los ríos. Y el agua que nos atraviesa: todo es valioso.

Esa agua que nos lleva hasta en el nacimiento, que nos constituye y nos da vida día tras día, esa agua viene del comienzo del mundo. Ha dormido en los glaciares, ha excavado cada cueva gota a gota, ha atravesado a todos nuestros ancestros y un número incalculable de vidas. Esa agua ha hecho todas las tormentas y el rocío de cada mañana. Hace 100.000 años como hace 10 siglos, como la lluvia de hoy y la de pasado mañana, difunde incansablemente la vida.

El océano es inmenso, pero no puede soportar todo. Contra el don de la vida, la contaminación, el desprecio, los desechos y la química no son tolerables. La gratitud no es una opción para cumplir con ella. La gratitud es una fuerza fundamental. El reconocimiento es la semilla del amor. La gratitud, el reconocimiento y el amor son las únicas respuestas aceptables a la vida. Recibimos sin cesar y podemos dar.

Somos familia

Las investigaciones científicas hablan de una primera unidad de vida de la cual deriva toda la vida en la Tierra, en todas sus formas. L.U.C.A., Last Universal Common Ancestor, el último ancestro común universal. Tenemos en común, por lo tanto, al menos un 30 % de nuestros genes con la totalidad del mundo vivo. Desde las remolachas hasta los osos polares, del plancton al tomate. La biología nos hace primos hasta lo más profundo de nuestros genes. La biología nos impone a través del cuerpo esta interdependencia profunda. Somos todos parientes, todos interconectados en un gigantesco meta superorganismo impermanente y compuesto, siempre orientado hacia la abundancia.

Navegamos hacia lo desconocido, pero lo desconocido da espacio y posibilidades. Tenemos todo por inventar. Todo por remodelar respetando las leyes que la biología nos impone. El camino que conduce al amor no es tan complicado. Pasa por el reconocimiento, la creatividad y el gozo. Mucho más allá de las siete próximas generaciones, debemos actuar y pensar hoy para los próximos 3000 años.

El mundo vivo es poderoso.

Somos parte de ese mundo vivo y todo nos es posible.

